

HOMILÍA DEL SR OBISPO EN EL PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO **Jr 33, 14-16; Sal 24, 4-14; 1 Tes 3, 12- 4, 2; Lc 21, 25-28.34-36**

Al comenzar el Adviento cada año, estamos dispuestos psicológicamente a preparar la Navidad, y parece que nos viene espontáneamente, como una primera imagen, una estampa navideña: esperamos encontrarnos con el Niño Jesús. El Evangelio que acabamos de proclamar nos desconcierta un poco porque pensamos en comenzar estos preparativos con la mirada puesta en Belén, en Jesús que nace, en el Hijo de Dios hecho hombre. Nos encontramos, sin embargo, no con el comienzo de la vida humana del Hijo de Dios, sino con el final glorioso. Hoy el Evangelio nos hace mirar a Cristo que viene en gloria y majestad en el cielo al fin del mundo para juzgar a los vivos a los muertos. La Iglesia nos lo presenta con todo sentido.

Contemplar a Cristo glorioso es muy instructiva pero nos hace cambiar el paso para comenzar el Adviento como Dios quiere. Pasa un poco como en esas narraciones modernas donde se comienza con el triunfo del protagonista para después inmediatamente empezar a hablar de su vida volviendo al pasado. No es de ahora solo: Incluso en los monumentos reales de la antigüedad, donde a los emperadores se presentaba triunfantes después de una batalla, y a continuación se contaban sus vidas desde el nacimiento en los bajo relieves.

Con el Adviento nos sucede igual. Vamos a esperar a Jesús, el Dios que se hace hombre (ya se ha hecho hombre de lo contrario no seríamos cristianos); pero para celebrar su nacimiento como hombre en Belén empezamos mirando a su final. Esto tiene mucho sentido y es instructivo, pues nosotros no prepararíamos esta Navidad, ni celebraríamos el Adviento, ni prepararíamos nacimientos en las casas, ni cantaríamos villancicos, si no fuera porque éste que vamos a ver como un bebé recién nacido es Dios hecho hombre del que nosotros ya sabemos que ha dado la vida por nosotros, que ha resucitado y nos ha abierto las puertas del cielo y nos da la vida para siempre. Los cristianos no recordamos a un emperador muerto, ni celebramos una efeméride de algo que se quedó en el pasado y lo recordamos como un estímulo en nuestra historia. Nosotros entramos en relación con Dios, viva y directa, en cada celebración, y cada día cuando entramos en contacto con Él, con el Señor que ha triunfado y ha vencido al mal, y vendrá glorioso al fin de los tiempos a recogerlos.

Por eso dice Jesús en el Evangelio: “Estad alegres y dichosos, se acerca vuestra liberación”. Esta palabra alentadora contrasta con los tintes apocalípticos que resuenan en el relato. Pero porque en medio de la catástrofe, el Señor quiere inspirarnos confianza. Me contaba en una ocasión una persona que vivió en un campo de concentración en la Segunda Guerra Mundial y que había vivido la experiencia de la liberación de aquel presidio, que cuando llegaron las tropas aliadas, el paso de los aviones llenos de metralla y estruendo aterrorizaba a los enemigos, mientras que para los presos les sonaba a libertad. A ellos el corazón dio un vuelco de alegría: “por fin llegan los nuestros, llega nuestra liberación”. Algo así sucede con la doble sensación que nos queda con estos anuncios de la venida de Cristo. Un momento tremendo, sin duda, pero... depende de para quien. Para quien cree en él, para el que confía en él, no se acerca algo terrible, sino que viene el Salvador, nuestro Señor que es nuestro amigo, nuestro Rey y nuestro hermano que nos ha hecho Hijos de Dios por su Espíritu Santo para vivir la vida de la gracia, como Él, en medio de las vicisitudes y la tribulación del mundo, unidos siempre al Señor. Y diciendo, como repetimos estas semanas una y otra vez, “ven Señor Jesús”, como la

Iglesia Primitiva en las palabras originales del arameo, “Maranathá”. Aquellos cristianos podrían haberlo traducido, seguramente, pero aquel grito, aquella consigna, aquella palabra salida de tan adentro del corazón de aquellos primeros cristianos contemporáneos de Jesús se convierte en una palabra querida de salvación, como una consigna entre nosotros, “ven Señor Jesús”, porque en el fondo toda nuestra vida espera su llegada.

Ésta venida es la que nos ha expresado en la primera lectura el profeta, porque es algo anunciado, algo que el Señor promete en la historia de la salvación del mundo, lo promete a su Pueblo, y se cumple con Cristo Salvador. Realmente el Señor en esta predicación a los apóstoles da unos consejos que son los que realmente son valiosos para nosotros y que debemos asumir. El dice, “estad despiertos”, no os atontéis, que no se embote vuestra mente, que no os adormezca el pecado del mundo, la precipitación de la vida. Que no se embote la mente con la bebida, la comida, los vicios... ¡Qué poco ha cambiado el mundo en veinte siglos! Parece que nuestra sociedad a pesar de la crisis opulenta no puede vivir sin enajenar la mente. Quizás nuestra sociedad con mucha más razón que otras generaciones anteriores a nosotros, donde es una característica social el fenómeno de la droga y el alcohol, no solo un tema comercial económico, sino que demuestra que carece de sentido para vivir, de manera que el hombre no necesita solo distraerse sino huir de la realidad, enajenarse por no enfrentarse consigo mismo, por no enfrentarse con la realidad. Este hombre que es incapaz de comprometerse, de amar, de ser fiel en el matrimonio, de dar la vida por los otros... tiene que buscar las grandes emociones, hacer de todo, inventarse cada vez más cosas más extrañas, para poder disfrutar las emociones de la vida; pero la gran emoción del compromiso es incapaz de degustarla, y la gran emoción del amor se queda a la mitad y a la primera de cambio es vencida por la tentación. Cuando realmente es el amor la profunda inspiración de su corazón, entra en un laberinto sin salida que le lleva por el camino contrario.

Las palabras de San Pablo a los cristianos de Tesalónica son certerísimas: progresad en el amor, fijaos en la vida que nos ha dado Cristo, progresad en vuestra humanidad, encontrad el sentido de las cosas que os lo ha dado Jesús el Señor. El que ama Cristo, el que espera a Cristo, tiene mucho ganado en la vida. Porque le convence el Señor, ha entrado en su seguimiento porque le ha conocido, y le ama, y se fía de Él. No tiene por qué hacer un gran proceso filosófico para razonar si tiene razón o no, pues se ha encontrado con Su Persona. Pero después, la gracia de Dios, dentro del seguimiento del discípulo, le ilumina la inteligencia y puede hacer en Él su juicio personal y su discernimiento de la vida.

Es curioso cuando hablamos coloquialmente y, tratando de cualquier asunto, respondemos a la pregunta, ¿pero sobre esto qué manda la Iglesia? Se piensa que hay una serie de dictados que dice la Iglesia y que todo el mundo tiene que seguir sea razonable o no, se esté de acuerdo o no, como si viviésemos de consignas, como quien pertenece a un partido político. Nada más alejado de la realidad y de la vida cristiana que defiende la verdad. Por eso Jesús nos dice: “yo soy el camino, la verdad y la vida”. Ya los Santos Padres como Tertuliano disputaban con sus contemporáneos paganos, y a veces cristianos, afirmando que el Señor no dijo que fuera la tradición o las tradiciones, sino que dijo que Él es la verdad. De modo que el cristiano ha de saber que cuando sigue a Jesús, se entrega y da la vida, no está haciendo nada irracional. En un mundo relativista a veces lo parece. Ya nos lo quiso aclarar nuestro querido San Juan Pablo II en su Encíclica *Fides et Ratio*: nuestra fe es perfectamente razonable y nunca puede contradecir la razón.

Nuestra espera del Señor es seguir el camino del amor, que entendemos no sólo para nosotros, sino que debemos ofrecer a todos. Respondíamos en el Salmo Responsorial a la Palabra de Dios que nos invita a seguirle: “Señor muéstranos, enséñanos a caminar por tus caminos”. Este es el secreto de la vida. Dice el refrán que “todos los caminos llevan a Roma”. Al

cielo me parece que no. Todos los caminos no llevan a la plenitud del hombre, a la realización de la vida. No. Ni muchísimo menos. Hay muchos caminos que llevan a al precipicio, a la frustración y al fracaso. ¡No embotéis vuestra mente! ¿Qué modelo de vida se nos ofrece en esta sociedad, en los medios audiovisuales, en la cultura...? El vacío que termina siendo destructivo para el hombre. La diversión como huida y enajenación. Este no es el camino de la verdad, de la vida, de la realización personal, y por tanto la senda que construye la sociedad.

El tiempo del Adviento no es un tiempo fundamentalmente para dedicarnos a poner adornos, para proyectar comidas, para comprar regalos. Es tiempo de conversión, para que nos situemos en nuestras vidas y le preguntemos al Señor: ¿Qué esperas de mí, cómo puedo estar vigilante, cómo puedo transitar por los caminos de la vida, del amor, del servicio, que da verdaderamente la satisfacción de amar? ¿Cómo ser útil y sintonizar y vibrar con el corazón de Cristo? ¿Cómo vivir esperándote, recibéndote, despierto, consciente?

Estamos a penas a diez días de comenzar el Jubileo de la Misericordia. Este es el camino del amor. El Papa abrirá la Puerta Santa el día de la Inmaculada, y nosotros aquí el domingo siguiente, tercero de Adviento, en la Catedral lo haremos también. Pasaremos por la Puerta Santa, pero realmente tenemos que pasar por el camino del Señor, y eso podemos empezar a hacerlo ya. “Muéstranos Señor tus caminos”. Y el Señor nos responde: “sí, te doy la fuerza para seguir mi camino, tu camino, para caminar hacia mí y conmigo, y la alegría de reconocer que no soy tu enemigo, sino tu Señor, tu Libertador”. No es nuestro enemigo, es nuestro Salvador. Amén.